

LA CALUMNIA.

POEMA

POR

TRINIDAD SANCHEZ SANTOS.



7297

2

MEXICO.

TIP. DE ALEJANDRO MARCUE.

CALLE DE TIBURCIO NUMERO 18.

1886.



PO7297

C3US2





1080019397



HE

U A N L
LA CALUMNIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA CALUMNIA.

POEMA

POR

TRINIDAD SANCHEZ SANTOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO. Biblioteca Universitaria
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
TIPOGRAFIA DE ALEJANDRO MARCUE.

CALLE DE TIBURCIO NÚMERO 18.

1886.

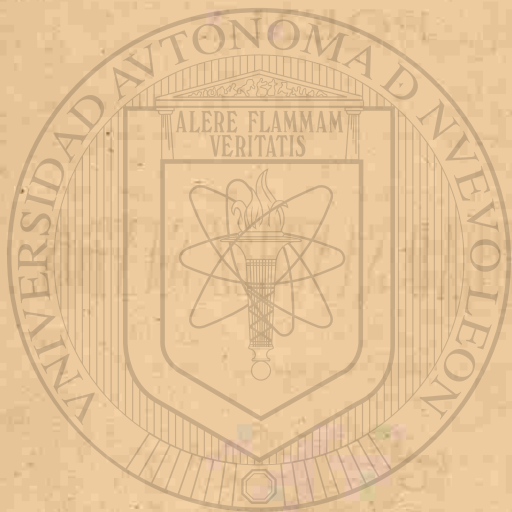
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

40553

PQ 7297

52

C3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Sr. Lic. D. Agustin Verdugo.

S. C. Octubre 4 de 1885.

Mi querido Agustin:

Envío á Vd. "La Calumnia" que ha tiempo le ofrecí, como un presente humilde á su buena y honrosa amistad.

Mi objeto al escribir estos versos ha sido combatir la teoría de los libre pensadores modernos, que dan por toda solución á la calumnia el FAVORECERLA, convirtiéndola en una realidad; así por ejemplo en "El Gran Galeoto."

Por lo demas, el Poema no hará fortuna, porque no está escrito con la tinta del siglo. Hoy para hacer papel en literatura, se requiere y basta inspirarse en el mal.

Ello no me inquieta, ni por Vd., ni por mí: no por Vd., porque su nombre no necesita de lentejuelas para brillar; no por mí, porque no ambiciono más nombre que el de cristiano. Con él se engrandecieron mis mayores, y es el que me ha dado el sér que más me ama, mi madre.

Eserito para Vd. el Poema, mis ambiciones más íntimas en este punto se satisfarán si Vd. lo acepta con cariño.

Su buen amigo,

TRINIDAD SANCHEZ SANTOS.

003310



Canto Primero.

Si mordeat serpens in silentio,
nihil eo minus habet qui occulte
dehabet.

ECCLÉS. X. II.

Allá en la densa espesura
En cuyo seno anchuroso
Con aliento de coloso
El régio Atoyac murmura,
Deslumbrante de blancura,
Entre las frondas hundido,
Está un hogar escondido
Que se vé desde la loma
Como cisne que se asoma
Entre las hojas del nido.

Tierra encantada á fé mia,
Donde Dios condensar quiso
La sábia del Paraiso
Y la paz del primer día,
No hay encanto ni armonía
Ni sueño ó luz que en su anhelo
No halle el alma en ese suelo,
En ese rincón fecundo,
Donde parece que el mundo
Está á las puertas del cielo.

Entre bosques altaneros
Do la mirada se pierde
En luz vaporosa y verde
Que filtran los limoneros,
Se escapan do quier parleros
Arroyuelos bullidores,
Que irisa con mil colores
La luz, á trechos fulgente,
Entré la felpa turgente
De los musgos y las flores.

Anchas grutas de ramaje
Abre el manglar soberano,
Del magnífico banano
Bajo la pompa salvaje.
Y de su altivo follaje
Se desbordan caprichosas
Olas de yedras y rosas
Que las áuras estremecen,
Y al columpiarse parecen
Enjambres de mariposas.

Aquí, grandiosas naves
De hayas que el heno festona,
Y en cuyas copas se entona
El concierto de las aves;
Allí, colinas suaves
De olorosos cocoteros
Que crúzanse en mil senderos
Y á cuya sombra dormitan,
O como espumas se agitan
Las manadas de corderos.

Y más allá el lago azul,
Mudo, diáfano, dormido,
En cuyas islas su nido
Hacen las garzas, de tul.
Bajo el umbroso abedul
Nadan los cisnes de armiño,
Y del fondo sin aliño
Se vé tan claro el cimientto,
Como se vé el pensamiento
Tras las pupilas de un niño.

Hondos barrancos ostenta
La madreSelva vestidos
En cuyas rocas sus nidos
El águila audaz sustenta;
Cuando ruge la tormenta
Y el huracán vuela ciego
Sus alas levanta luego,
Rompe turbiones y brumas,
Y resbalan por sus plumas
Los relámpagos de fuego.

Y allá en la densa espesura
En cuyo seno anchuroso
Con aliento de coloso
El régio Atoyac murmura;
Con varonil galanura,
A sus tradiciones fiel,
En medio de aquel vergel
Que alumbra mi patrio sol,
Levantó el génio español
Una mansion digna de él.

Alberto, hora su señor,
Lleno está de esa hidalguía
Que ser proverbial solía
En otro tiempo mejor.
Caudillo á cuyo valor
Ciñó mi patria un laurel,
Rico y cristiano fiél
A quien Dios conceder quiso
Por cielo ese Paraíso,
Y por ángel á Isabel.

Rubia como la mañana,
Y como el lirio, gentil,
En la azucena de Abril
Bañó su faz soberana.
Limpia su frente y galana
Como el cielo azul del día.....
¡Qué laúd traduciría
La fé, la luz echicera
Y toda esa primavera
Que tras de su frente habia?

Entre sus lábios teñidos
Por el nácar del granado
Los ángeles han dejado
Muchos besos adormidos.
En luz divina encendidos
Sus ojos de cielo están,
Y derraman en su afán
Esas miradas reflejos,
Que vienen desde muy léjos
Y á léjos, muy léjos van.

Diáfana es su alma, y al par
Preséntala ese fondo intenso
De lo diáfano en lo inmenso,
Como en el cielo y el mar.
Hay en ella el flamear
Del relámpago lejano,
Y en su mirar soberano
Esa ondulacion perdida,
Tibia, azul, indefinida
Que baña el ancho Océano.

Y hacen de aquesta mansion
Un nido de amor sin nombre
Aquel ángel y aquel hombre
En perenne adoracion.
Tan dulces las horas son
De tan dichosos mortales,
Hay tan dulces ideales,
Tanto amor bajo aquel techo,
Que cerca, muy cerca han hecho
Las abejas sus panales.

Y pródiga la fortuna,
Cuando está benigno el hado,
En ese hogar encantado
Quiso colgar una cuna.
¡Oh dicha como ninguna!
¡Oh amor, ó santo cariño,
Que en una cuna de armiño
Se ama así mismo encarnado,
Y un cielo vé condensado
En las sonrisas de un niño!

Cuando allí Isabel y Alberto,
 Mudos junto aquella cuna,
 Viendo á la luz de la luna
 Las arboledas del huerto,
 Oían el aliento incierto
 De la niña que dormía
 Y el aletear fingía
 De auras cargadas de aromas,
 O secreteo de palomas
 Cuando va á apagarse el día,

Se elevaba el alma á Dios;
 Porque solo Dios pudiera
 Fundir de aquella manera
 En un sér almas de dos.
 Dios es Trino porque es Dios,
 Porque es amor y poder,
 Y el hombre no pudo ser
 Su imágen, sino hasta el día
 En que un hijo recibía
 De brazos de la mujer.

A cada risa ilusoria
 De esos lábios inocentes,
 ¡Qué chispear en sus frentes
 Relámpagos de una historia!
 Cada caricia, ¡Qué gloria!
 Cada plática, ¡Qué encanto!
 Y ¡Qué dolor, qué quebranto,
 Qué pena tan sin consuelo,
 Si á aquellos ojos de cielo
 Cubría una gota de llanto!

Así pasaban las horas
 Que amor y virtud manaban,
 Horas que se deslizaban
 Serenas y arrobadoras.
 ¡Feliz, para quien las horas
 De amor en la juventud
 Se deslizan con quietud,
 Como la garza en el río,
 Como en la flor el rocío,
 Como en la fé la virtud!

Y llegó por fin el día
 En que confuso é incierto
 Escuchó su nombre Alberto
 En los lábios de María.
 Iba á exclamar: ¡Hija mía!.....
 Mas nada su labio dijo:
 Pues lo ahogó el regocijo,
 O ese algo inmenso y sin nombre
 Que se levanta en el hombre
 Al llamarle, PADRE, un hijo.

Oyólo Isabel, y en tanto
 Devoraba casi loca
 A besos aquella boca,
 Llenos los ojos de llanto.
 ¡Quién midiera aquel encanto!
 Quién los suspiros opresos
 Que exhalaba en sus excesos!
 Quién comprendiera á Isabel
 Entre el escándalo aquel
 De lágrimas y de besos!

Tal era el hogar dichoso,
 Tal el sueño de ventura
 Que arrullaba en la espesura
 El Atoyac caudaloso;
 Tal era el nido amoroso
 Que el mismo cielo apiñaba
 Donde la dicha anidaba
 Donde anidó la belleza,
 Que es el jardín donde empieza
 Todo abismo que no acaba.

Cuando lanzo mi memoria
 Hacia aquel tiempo bendito,
 Y en aquel hogar medito,
 Y pienso en aquella gloria;
 Cuando refiero esta historia
 De belleza é idealismo,
 Llego á pensar así mismo
 Que está en el destino humano,
 Como está en el Oceano
 Bajo lo bello, el abismo.

II.

¿En dónde está Dios mio,
 El rincón suspirado á do no llegue
 El soplo corruptor del mundo impío?
 ¿En dónde, en dónde brota
 Un néctar en la vida que no lleve
 Escondido el veneno en cada gota?
 ¿En dónde está ese bosque apetecido
 A do el buitres voraz nunca llegara

Y libre el alma se tegiera un nido?
 ¿En qué desierto hallara
 El hueco de una arena donde su honra
 Y su virtud incólume guardara?

Mas si en el pólen de la flor losana
 Nace el reptil que roerá su tallo
 Bajo risueños pétalos de grana,
 ¿Que extraño que en el seno
 De la belleza y la ventura humana
 Respire el áspid y fermente el cieno?
 Así de Alberto en el hogar dichoso
 Se deslizó un reptil cual se desliza
 El miasma entre las alas de la brisa.

III.

“¡Me parece locura!”
 Impaciente Alberto repetía,
 Cuando al subir tenaz la calentura
 Que á Isabel affigia,
 Esta á su vez decia:
 “Me parece que el mal no tiene cura”
 Y en tanto Alberto con afán desea
 Que se llame á un *doctor que hace milagros* [®]
 En la vecina aldea,
 Es notable el empeño
 Con que Isabel se opondrá que le llame;
 Entre dientes diciendo: “¡Aquí ese infame!”
 Pero Alberto replica y mas replica,
 Pues de Isabel la terquedad se explica,
 Por esa propension constante y fuerte

En el que sufre con valor escaso,
De no darle á su caso
Los terribles contornos de la muerte.
Y sin querer oír los argumentos
Que Isabel amontona uno tras otro,
Montó en su régio potro
Y partió más ligero que los vientos.

IV.

Despreciador vulgar de la conciencia,
Vil engendro del vicio y del cinismo,
Uno de esos que adulan con la ciencia
Al villano y procaz materialismo;
Uno de aquellos mil cuya presencia
Anuncia como el vértigo el abismo;
A quienes Satanás no es comparable
Que réprobo es Satán, no miserable;

De esos que están de su ignominia llenos;
Una de esas esponjas que el pecado
Empapó en todo crimen, sin que al ménos
Un poro á la virtud haya dejado;
De esos que tanto más duermen serenos
Cuantas más inocencias han manchado,
Y con manos leprosas, negras, duras,
Siembran por donde pasan desventuras;

Viperino mirar, sonrisa fria,
Insolente cabeza dura y vana,
Que el calor irritante de la orgía
Dejó desnuda en parte, en parte cana;

Frente que el vicio marchitado habia,
Boca que desecó la fiebre insana,
Alma podrida, corazon de cieno
Cuanto lejos de Dios, de crimen lleno;

Modelo de esa audaz galantería
Que es lujuria ante el ídolo enflorada;
Cortés con la melosa cortesía,
Ese barniz del alma degradada.
Cuanto gentil y seductor de día
A oscuras monstruoso; regalada,
Dulce toreaz en el salon dorado,
Buitre de la honra en el hogar sagrado;

Tal era aquel reptil á quien amante,
Veloz como el relámpago del cielo
Iva á buscar Alberto en ese instante,
Por llevar á su hogar vida y consuelo.
Pálido el rostro, el pecho palpitante,
Casi ni toca en su carrera el suelo,
Lleva la rapidez siempre creciente
Con que al abismo avanza la corriente.

Ciego el raudo corcel como el destino
Cruzaba pedregosas las llanuras,
Erizando de chispas el camino
Al choque de sus bronceas herraduras.
Llegó á la aldea, atravezó sin tino
Por entre calles lóbregas y oscuras,
Y al detenerle en su carrera Alberto,
Convulso el potro desplomose muerto.

V.

Vino el doctor y declaró al momento,
De acuerdo con el negro pensamiento
Que revestir del disimulo sabe,

Que el caso era muy grave.
Diagnosticó una *tisis galopante*,
Y vertiendo al instante
Un torrente de frases troqueladas
En el gran tecnicismo, frases bellas
Que habla el sabio en las aulas
Y el charlatan y el necio fuera de ellas,

Después de una hora horrible
De torturar á Alberto con la ciencia,
Logró que se creyera indispensable
Ahi, y á cada instante su presencia.
Pues cuidó de explicar en el conjunto,
Y en lenguaje profano y de gran peso
Que podia acontecer á cada punto
Algun mortal acceso.

Así es que de plegarias obligado
Y del doliente ruego
De aquel marido cual su pena ciego,
Regiamente el doctor instalado.

Y desde aquel momento,
De acuerdo con su negro pensamiento,
Cual suele suceder en estos casos,
Por todas las ventanas de su estancia
Observaba los pasos
Del esposo aflijido,
Por ver si se alejaban á distancia.
Pero Alberto fiel cuanto angustiado

Parecia arraigado
Como encina vetusta al pavimento
Del sombrío aposento
En que el alma de su alma se moria.

Por fin, una mañana
En que el sol las montañas revestia
Con túnica gentil de ardiente grana,
Cediendo á ese deber siempre inclemente
Que es cilicio sangrador del alma,
El jóven se alejó; mas no bien hubo
Cruzado el ancho puente,
El demonio latente
Que contaba sus pasos uno á uno,
Vió el momento oportuno.....

Presuroso llegóse al aposento,
Y penetró con la infernal blandura
Con que el demonio llega al pensamiento
A despertar la tentacion impura.

VI.

Llega junto al blanco lecho
De la enferma aquel reptil,
Como se acerca al redil
Voráz el lobo en acecho;
Bate azaroso su pecho
Ese bronco palpitar
Del ladron que va á robar,
Pues empuñó en su demencia
La ganzúa de la ciencia
Para forzar el hogar.

Su mirada de luzbel,
Rojiza, vivaz, incierta
Atento fija en la puerta
Que habia cerrado tras él.

Los ojos cerró Isabel
Como quien duerme ó medita,
Frio sudor se precipita
Por sus miembros doloridos
Y en vuelcos, que no en latidos
El corazon le palpita.

—“Dormis?” dijo al fin convulso...

—“No”.

—“Sufris?”

—“Un poco más.”

Y avanzando el Satanás
Agregó: —“Prestadme el pulso.”
Sintió Isabel el impulso
Del tigre al acometer,
Porque Dios quiso poner,
Para gloria de Si mismo
El instinto del abismo
Ahí do ha puesto el deber.

—“No os he llamado, en verdad,

Y así, volveos doctor,
Os lo pido por favor.”

—“Oídme, Isabel.....”

—“¡Callad!

Y mirad, doctor, mirad
Que no os lo pido, os lo mando.
Mi hija duerme aqui, y hablando
Estais así, no entendiendo

Que do está un niño durmiendo,
Debe estar la madre orando.”

—“Escuchadme aun.....”

—“Pues bien,

Me iré yo,” con entereza
Dijo, irguiendo la cabeza
Y refulgente su sien.
Y llamó á Dios en su bien
Con oracion sacrosanta,
Porque una alma pura y santa,
Como el águila caudal
Al rugir el vendabal
No se asusta, se levanta.

—“Os adoro” al fin rugió,

E Isabel con mano fria
Las dos puras de María
Contra su pecho oprimió.
Mirólo y enmudeció.
Que aunque á la virtud dispute
Satan cuanto bien disfrute,
Existe un escudo eterno
Para vencer al infierno,
La virtud que no discute.

Y una mirada al precito
Arrojó, de esas que ciegan,
De esas inmensas que llegan
Hasta el fondo del delito.
Con el tormento infinito
Del orgullo al quebrantarse,
Como leño al desgajarse
Crujió su cerebro ardiente,

Y al fin bajando la frente
Se volvió para alejarse.

Avanzaba ya el Luzbel,
Pero erguirse no podía,
Que por la espalda sentía
La mirada de Isabel.
Al cabo cruzó el dintel,
Volvió la faz demudada
Hacia atrás, y aun enclavada
Sentía su alma el impuro,
Cual si atravesara el muro
Aquella inmensa mirada.

Llego á su estancia, el latir
Queriendo acallar del pecho;
Se arrojó sobre su lecho,
Y rugió esta frase: "¡A herir"!
¡Oh! ¡Quién pudiera medir
Su tortura cual no hay dos.....?
Si aunque de su gloria en pos
Dios hizo un castigo eterno,
Quien hizo al infierno, infierno,
Fué la soberbia, no Dios.

Medita.....y con ambas manos
Bate su frente de fiera,
Como si apagar quisiera
Aquel herbor de gusanos.
Cuando al fin á los arcanos
Penetrar del crimen pudo,
Cesó aquel combate rudo,
Quedó inmóvil, casi muerto.....

Que el crimen es cual desierto,
Mientras mas hondo, más mudo.

.....
.....
¡La muerte?—No, que podría
Dejar su sangre una huella,
¡La locura?—No, que en ella
Quizá feliz se hallaría.
Y el cadáver de Maria
Cruzó su mente infernal;
Mas no, el buscaba un puñal
Invisible en su delito,
Impune, cuanto maldito,
Cobarde, cuanto mortal.

.....
Envuelta en el manto austero
De la verdad adorada,
Con la máscara calada
Del juez recto y justiciero;
Empuñando el falso acero
De la vindicta social,
Tal la calumnia infernal,
Tal la calumnia maldita
Ante el doctor que medita
Se presenta en el umbral.

Avanza, y dejan sus pies
Quemaduras por do avanza,
Huellas que el hombre no alcanza
A borrar nunca despues.
Mira, y basilisco es;
Habla, y muevense en su boca
Mil lenguas con ansia loca;

Hiere á oscuras en su anhelo,
Y se resbala cual hielo,
De la mano que la toca.

Su siniestra ostenta armada
De un puñado de reptiles
Negros, vivaces, sutiles,
Que arroja como *avanzada*.
La *envidia* nunca domada,
La *ingratitude*, siempre impia,
La cobarde *hipocresía*,
La que se ciñe y se eleva
A la cruz, y le habla á Eva
Cual desde el manzano, un día.

Y erizanse deslumbrantes
A ambos lados de su espalda
En vivas quiebras de gualda
Dos relámpagos vibrantes.
Cruza en ellos por instantes
Mas veloz que el pensamiento
Las ciudades al momento,
Deslumbra como el deleite,
Se extiende como el aceite,
Y se filtra como el viento.

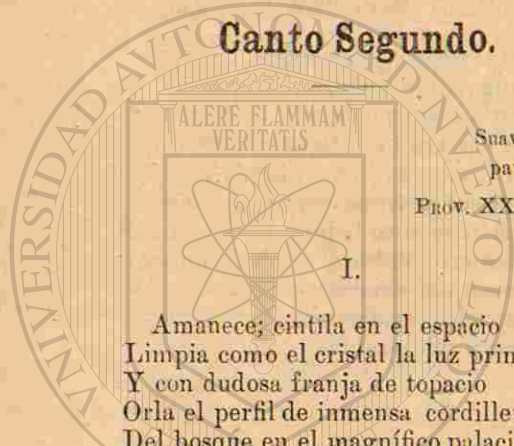
Y, ¡Oh prodigio singular!
La aborrece el corazón
Y en todos halla un rincón,
¡Qué digo! un trono, un altar.
Jamás se la vió llamar
Aun corazón sin que no
Se abriera al decir: "*soy yo*."
Es que la primer mujer

Abrió su pecho á este ser
Cuando á Dios se lo negó.

Miro al doctor, sonriente;
Era amigo viejo y fiel,
Y al verla á sus puertas él,
Corió á besarla en la frente,

.....
Moria el sol en Occidente,
Lanzaba el lobo su grito
En el desierto infinito;
El huracan rebramaba,
Y el raudal se avalanzaba
A los muros de granito.

Canto Segundo.



Suavis est homini
panis mendacii.

Prov. XX. 17.

Amanece; cintila en el espacio
Limpia como el cristal la luz primera,
Y con dudosa franja de topacio
Orla el perfil de inmensa cordillera.
Del bosque en el magnífico palacio
Se oye la fuente murmurar parlera,
Y allá del huerto en las frondosas naves.
Cuchichear las hojas y las aves.

Un mes de angustia trascurrido había
En el que instante por instante Alberto
Cubrir la frente de Isabel veía
La pavorosa palidez del muerto.
Descender del dolor á la atonía,
Sus líneas afilar el rostro yerto,
Hundir sus ojos, y su sien hundirse
Y apagarse sus labios, y morir.

Vela Alberto á Isabel; en la almohada
Tendió su mano cariñosa y buena,

Y en ella tristemente reclinada
Tiene Isabel su frente de azucena.
Del padre en las rodillas, descuidada
Duerme la niña, cual la fé, serena,
Y reina ahí como en sepulcro inerte
El terrible silencio de la muerte.

Lame la triste lámpara ya incierta
El borde azul de la dorada taza,
Y entre las hiedras de la reja abierta
Gimiendo el aura de los bosques pasa.
Va murmurando en la extension desierta
El revuelto Atoyac, y se oye escasa
Y lejana la cántiga sonora
Que los labriegos cantan á la aurora.

Tiempo ha que su mirada tiene fija
Alberto en esa frente encantadora,
Que aún no ha besado el lábio de su hija,
Y ya la helada muerte descolora;
De pronto con pavora más la fija,
Es que á la luz incierta de la aurora
Ha visto en las mejillas demacradas
Unas manchas dudosas y azuladas.

Latió su corazón, ¡oh, cual latía!
Mas conteniendo el agitado aliento,
Quitó la mano en que Isabel dormía,
Con leve roce y silencioso y lento,
Y cuando reclinado hubo á María,
De puntillas cruzando el aposento,
Con esa angustia que á los nobles hiere
Buscó al doctor y le grito: "¡Se muere!"

Era ese instante en que el dolor estalla,
 Y en que al batir al alma las torturas,
 Como de cuajo al arrancarse el haya
 Crugen y truenan sus raíces duras;
 Era el instante en que en el mar sin playa
 Del humano dolor, solos y á oscuras,
 Nos arrebató el huracan violento
 La última tabla y el postrer lamento

Llegó el doctor ufano, y al oído,
 "¿Es verdad? ¿es verdad?" decíale Alberto,
 Y él, inclemente y con dolor fingido
 Le contestaba silencioso, "es cierto."
 Ahogando profundísimo gemido
 Abrió Isabel sus párpados de muerto,
 Y al travéz de una lágrima nublada,
 "Es verdad!", agregó con la mirada,

Si puede el corazón desde su altura
 Rechazar del destino el rudo embate,
 Dominar de los mares la bravura,
 Sereno respirar en el combate,
 Ríndese al sufrimiento y la ternura
 En las desdichas del hogar, se abate,
 Como la mar que de pujanza llena
 Se estrella en cinta de menuda arena.

De aquel cáliz de hiel libar no pudo
 La última gota de dolor Alberto,
 Y vuelto hácia el umbral, lloroso y mudo,
 Con el mutismo horrible del desierto,
 La estancia atravesó con paso rudo,

Y pálido y crispado como un muerto
 Por ahogar luchaba en su quebranto,
 Del corazón el borbotón de llanto.

Sonriente el doctor miraba atento
 La faz sin vida de Isabel, la puerta
 De aquel vecino y próximo aposento,
 Para su mal y su inquietud abierta.....
 ¡Satanas le envidiara aquel momento!
 Pues no acierta el pecado, cual no acierta
 A describir la musa palpitante
 El infierno y pavor de aquel instante.

Era el de la venganza; era el momento
 De la calumnia, en que el infierno todo
 Se incendia con un mismo pensamiento.
 El doctor iba á herir, y de igual modo
 Que el asesino, silencioso y lento
 Desenvaina el puñal, de junto al lodo
 De su pecho sacó un papel maldito
 Por él con letras de Isabel escrito.

Enbarga ya á la enferma ese desmayo
 Que al sueño de la muerte sé asemeja,
 Mientras veloz como el fulgor del rayo
 Algo el doctor entre sus manos deja.

Al punto doblegáronse en su tallo
 Mustias las azucenas de la reja,
 Y en los ojos del ángel que dormía
 Saltó una gota como el hielo fría.

La víbora había herido, el insondable
 Odio de aquel reptil en su despecho,
 De la soberbia el odio incomparable
 Comenzaba á sentirse satisfecho.
 Respiró con olgura el miserable;
 Sentóse al pié del doloroso lecho,
 Y abriendo un libro con frialdad impía
 Hasta llegó á leer lo que leía.

El alma noble ante el deber odioso
 Lucha por detenerse, pero avanza,
 Cual las olas del Niágara espumoso
 A orillas del abismo á que se lanza.
 Se arrastraba hácia afuera congojoso
 Alberto por huir, cual su esperanza;
 Pero el deber como ninguno fuerte,
 Llevólo al lecho aterrador de muerte.

Con lábios amorosos como el cielo
 Llegó á Isabel Alberto atribulado,
 A imprimir en su frente cual consuelo
 El beso del *adios* del desdichado.
 Mas al buscar sus manos con anhelo
 Para oprimirse el corazón hinchado,
 Halló un papel que recogió al instante,
 Trémulo, demudado, palpitante.

En la vecina estancia, sola y queda,
 Ya desplegaba la hoja que crujía
 Con el crujir sonante de la seda,
 Ya á plegarla otra vez y otra volvía.
¡Era el *adios* que palpitante queda

Al borde oscuro de la tumba fría,
 La lágrima del alma que se vierte
 A orillas de la vida y de la muerte?

Se dió al fin á leer; mas al instante
 Sus manos se crisparon, su mirada
 Giraba cual sin eje y deslumbrante
 Por el turbión del alma arrebatada.
 Hormigueaban las letras, delirante
 Dovoraba la carta envenenada
 Que en claras letras de Isabel decía
 Esto, que Alberto con pavor leía:

“Si has de llorar como fiel
 Ante mi sepulcro yerto,
 De inojos te ruego, Alberto,
 Que leas este papel.

Mucho gimiendo he rogado
 A Dios me dé la palabra
 Que puedas oír y me abra
 Tu corazón lacerado.

No sea la sola, no,
 Quien cuando busca la calma,
 Halle cerrada esa alma
 Que á ninguno se cerró.

Es una frase maldita
 Que para decir mi boca,
 Quisiera volverme loca
 Cuando la vida me quita.

Ya va mi lábio á decirla
 Y espantada retrocede,
 Que quisiera, aunque no puede
 Que la oyeras sin oirla.

Mas no quiero que me afija
 En mi muerte tal pecado.....
 Sabe, pues, que te he engañado
 Que Maria no es tu hija.

¡Comprende que habrá deshecho
 Esa palabra mi boca!
 ¡Que debo estar más que loca
 Cuando tal confesion he hecho!

Mas no tu desprecio ó tu ira
 Me hiera antes que sucumba,
 ¡Es, que al borde de la tumba
 No puede hablar la mentira!

Que aunque la vergüenza arguya,
 La conciencia debe hablar,
 Que ya no puedo engañar
 A una alma como la tuya.

¡Sella el labio antes que muera!
 ¡No hables, no hables, por piedad!
 Mira que en la eternidad
 Quizá el infierno me espera.

¡No arrojes tu maldicion!
 Que de ese castigo eterno
 Es ya un principio el infierno
 De perder tu corazon.

Cálmén, cálmén tus enojos
 Mis torturas, al caer
 De un lecho que siento arder,
 A mi sepulcro de abrojos.

Perdóname, y si un consuelo
 Puede implorar la que parte
 Sin la dicha de mirarte
 Ni la esperanza del cielo,

Le pido á tu corazon,
 Que ora de espinas coronó,
 Para ese ángel que abandono
 Un poco de compasion.

Al bajar al ataúd
 Yo abogo por su inocencia;
 Dale ese amor de clemencia
 Que es fulgor de la virtud.
 Por mí, por tí, por los dos,
 Que ignore hasta que sucumba
 Mi crimen, “¡Ve que una tumba
 No tiene más juez que Dios!”

Cadavérico, inmóvil, sin aliento,
 Inconsciente, crispado y sin mirada;
 Apagado de un soplo el pensamiento,
 Como hundido de súbito en la nada;
 Por la asfixia mortal del sentimiento
 Su sangre en el cerebro congelada,
 Quedó aquel hombre de acerado pecho,
 Al ver el cielo de su hogar deshecho.

.....
 Dime, divino arcángel soberano
 Cuyas alas castísimas y puras
 Velan ufanas el hogar cristiano,
 Arcángel del honor y las venturas,
 Tú, que conjuras el dolor tirano,
 Tú, que la horrenda tentacion conjuras,
 Díme la frase, como el rayo, ardiente,
 Que de aqueese infeliz cruge en la mente.

Tú que á las puertas del hogar dichoso,
Allá en las horas del amor avanzas,
Y cual muro de bronce poderoso
A ambos dinteles con vigor te afianzas;
Tú que con rubias manos, cariñoso
Bendices del amor las esperanzas,
Y vas con boca dulce cual ninguna
A darle paz en la aromada cuna,

Mueve mi lengua tú con sábia mano,
Si puede el labio ó logrará el acento
Esa palabra modular..... ¡En vano!
Llegar no puede el hombre hasta el portento.
Bajo el teclado del lenguaje humano,
Está el gran diapason del pensamiento,
Pero el teclado miserable y rudo
Nunca tañer en lo sublime pudo.

.....
Apoyado, cual ebrio, sobre el muro
El hombre aquel está, ciegos los ojos,
Viendo parpadear en fondo oscuro
Manchas de luz y lamparones rojos.
Avanzaba tan lento é inseguro
Cual si en hielo pisara ó en abrojos,
Que su ser vacilando con pavora
Está entre la razon y la locura.

Mas Dios, que presta al hombre en su de-
(sierto

En su lóbrego mar, siempre una tea,
Y si arroja el turbion, alumbra el puerto
Y hace que diestro y firme el remo sea,
Tendió su mano á la razon de Alberto,

Echó á andar el volante de su idea,
Y al punto como herido por abrojos
Asaltaron las lágrimas sus ojos.

Medita, repitiendo la lectura;
¡Eran los caracteres que en un dia
Le anunciaron del cielo la ventura!
¡La mano de Isabel escrito habia!
Cegó entónces el mar de su ternura,
No era el amante ya como solia,
Era el honor en el hogar cristiano,
Altivo como el cedro soberano.

Se apresuró á salir, con la arrogancia
Del honor no humillado, aunque vendido;
Però al partir, en la vecina estancia,
Resonó de Isabel hondo gemido.
Su sér se conmovió, que es la fragancia
Del alma noble el generoso olvido;
Mas al ir á volverse, en frase trunca
Dijo, sus pasos deteniendo, "¡Nunca!"

¿Iba á negar al moribundo indulto?
¿En la herida á jugar los dardos iba?
¿A azotar con la ortiga del insulto,
Del corazon aquel la carne viva?
O bien rendido al infamante culto
De la adúltera vil, torpe y lasciva,
¿Iria á postrarse ante su lecho inerte
A degradar y envilecer la muerte?

"¡Jamás, y nunca!", dijo, y arrancando

Cual una avispa á su razon clavada
 Aquel amor cuanto infeliz nefando,
 Salió de aquella estancia envenenada.
 Y larga brida á su corcel soltando
 Del raudal por la márgen enflorada,
 Huyó de aquel hogar que parecia
 Que cual tenaz fantasma lo seguia.

Mientras cruzaba Alberto la llanura
 Lo invocaba Isabel con tierno encanto,
 Y mudo y saturado de amargura,
 Corria en los ojos de la niña el llanto.
 El viento sollozaba en la espesura,
 Se apagaba la lámpara entré tanto,
 Y al eclipsarse Alberto en la emboscada
 Lanzó el doctor horrible careajada.

II.

Prodigio que siempre vió,
 Quien confía en el mentir,
 Isabel iba á morir,
 Pero en cambio no murió.
 El mundo siempre creyó
 Verdad, aun en sus agravios,
 Lo que dicen doctos lábios,
 Sin mirar por la experiencia
 Que nunca engaña la ciencia,
 Pero se engañan los sábios.

Mas afirmaba un rumor
 Que el dolor y la atonía

De la enferma estar solia
 A voluntad del doctor.
 Pues de cuanto salvador
 Arte, elíxir, medicina,
 Halla la ciencia divina,
 Apelaba el delincuente
 Tan solo al uso creciente
 Del ópio y de la morfina.

Ello es, que como avenida
 Tras mal segura compuerta,
 En Isabel casi muerta
 Afluyó á mares la vida;
 Pero la mata otra herida;
 La de esa ausencia severa,
 Que explicarse no pudiera
 Con sus mil cavilaciones,
 Porque no hay explicaciones
 Para un corazon que espera.

Imposible parecia
 A aquella alma de azucena,
 Que Alberto huyera sin pena
 Mientras ella se moria.
 Su cabeza encanecia,
 Porque suele blanquear
 La cabeza, el batallar
 Del alma en lucha violenta,
 Como suele en la tormenta
 Cubrirse de espuma el mar.

Mil diferentes noticias

Recibia á cada momento
 Que ella allá en su pensamiento
 Luchaba en hacer propicias,
 Y prodigando caricias
 A aquel ángel peregrino
 Luz y paz de su destino,
 Con inocencia echicera,
 Subía á la torre altanera
 A divisar el camino.

Y esperaba, y entretanto,
 En sus horas silenciosas,
 Decíale á Dios muchas cosas
 Derramando mucho llanto.
 Sublime, divino encanto
 Es la mujer del hogar,
 Pues cual marino al luchar,
 Solo halla un doble consuelo,
 En su piedad, que es un cielo
 Y en su llanto, que es un mar.

Un día, un hermoso día,
 Tibio, diáfano, sereno,
 De esos en que late lleno
 El corazon de armonía;
 En que el sol nítido envía
 Mares de luz sobre el suelo,
 Y en que presa de un anhelo
 Incomprensible y profundo
 El alma vuela del mundo
 Para perderse en el cielo,

Desde el mirador do á ver
 Remotos valles se alcanza
 Vió Isabel en lontananza
 Un ginete aparecer.
 Vibró de dicha su ser,
 Y con el vigor que inspira
 Un corazon que delira,
 Fuese á la niña, y de un salto
 Levantándola muy alto,
 Decía entre sollozos; "¡Mira.....!"

Y era Alberto sí, era él,
 Que en vano esperó propicia
 La salvadora noticia
 De la muerte de Isabel.
 Sereno, aunque no cruel,
 Piadoso, aunque sin amor
 Iba á arrojarla ¡oh dolor!
 Que en esa lucha infernal
 Busca el malo su puñal,
 Y el bueno busca su honor.

Quando llegó á la ciudad
 Al punto sintió doquiera
 La mordedura de fiera
 De la impune sociedad.
 Todo el mundo sin piedad
 Con mil lenguas repetía
 Lo que la carta decía:
 Que para hablar en su mengua
 Hasta el aire tenía lengua,
 Y el mudo hablaba y oía.

Y lo que más le amedrenta
De aquel tenaz murmurar,
Que cual la nieve al rodar
Cada vez más se acrecienta,
Es que el cuento que se cuenta
No es una historia de ahora,
Tan vieja es, cual seductora,
Que la calumnia en su lisa,
Al último á quien avisa
Es aquel á quien devora.

Nunca destrozó la roca
La lava en su embullicion,
Cual destrozó el corazon
De Alberto la fiebre loca.
¡Maldito el mundo que invoca
Virtud y arroja pasion,
Cual la avispa en su traicion,
Que liba el clavel ameno
Para inocular veneno
Al enclavar su aguijon.

.....
Cuando pudo al caballero
Reconocer, al instante,
Rauda, loca, jadeante
Corrió á encontrarlo al sendero.
Un palpitar traicionero
Batía su pecho turgente;
Avanzaba torpemente,
Trémulos los lábios rojos,
Y llenos de luz los ojos
Y de caricias la mente.

Luchaba por contener
Esa lágrima, esa gota
Que un día en la vida brota
De nuestra alma y nuestro ser.
Su corazon de mujer
Se ahogaba de contento,
Cuando observó que al momento
De verla á lo léjos él,
Tiró la brida al corcel
Para avanzar lento, lento.

Y roja como el granado,
Con el arrebol que imprime
Esa castidad sublime
Del amor santificado,
Esperaba en el vallado
Con la emocion que sofoca,
Y la inquietud de una loca,
Lleno el corazon de encanto,
Temblando en sus ojos llanto,
Y el beso ardiendo en su boca.

Mas, cual desgarró el leon
Las fibras del ciervo muerto,
Así el saludo de Alberto
Desgarró su corazon.
Borrascosa convulsion
La estremeció, miró oscura
La encantadora llanura,
Sintiéndose arrebatada
De esa razon deslumbrada
Mas torpe que la locura.

Mudos, lívidos y yertos
 Siguiéron luego el camino,
 Aquel sendero divino
 Cruzando como dos muertos;
 De helado sudor cubiertos
 No se atrevían á mirar;
 Como de un lejano mar
 Sus latidos se escuchaban,
 Y mientras mas avanzaban
 Menos podían avanzar.

No bien llegaron, su sien
 Irguió Isabel con grandeza
 Cual solo erguir la cabeza
 Puede la honra, y dijo:..."¡Y bien...!"
 La serpiente del eden,
 La fría palabra de un muerto,
 El León en el desierto,
 La tentación de Luzbel,
 No hieren como á Isabel
 Hirió la lengua de Alberto.

Todo su ser condensó
 Para no morir tal vez
 De pureza y de honradez
 Cuando la carta leyó.
 Jamás la ola se encrespó
 Cual su alma en aquel instante,
 Porque de la esposa amante
 Es como la mar el alma,
 Al par que inmensa en la calma,
 En la borrasca gigante.

Sus pasiones de mujer
 Convirtiénrola en furiosa,
 Mas sus deberes de esposa
 La ataron luego al deber.
 ¡Sublime tienes que ser
 Santo Dios y verdadero,
 Pues juntaste en el reguero
 Del cristiano corazón,
 La regia altivez del león
 Y la humildad del cordero!

Hirvió su pecho en conjuros,
 Su lengua hincharon agravios,
 Llamó el insulto á sus lábios
 Siempre castos, siempre puros;
 Mas contenida en los muros
 De ese conyugal deber,
 Lloró, porque en la mujer
 Dios quiso poner el llanto,
 Como una fuente de encanto,
 De ternura y de poder.

Y prorrumpió en la elocuencia
 Sublime y angelical,
 Con que habla siempre ante el mal
 El lábio de la inocencia.
 En vano con diligencia
 Buscaba la negra huella
 Con que la calumnia sella
 Su camino.....¡no sabia
 Que deja rastro la impia
 De su víctima, no de ella!

Terrible como el honor
Esa deidad sin clemencia,
Virginidad, inocencia,
Que no tiene redentor;
Tenaz, frío, acusador
Repetía Alberto el zumbar,
El horrible murmurar
De aquella inmensa colmena,
Que de atroz veneno llena
Volaba en torno á su hogar,

Letra á letra repetía,
Ante el propio abismo ciego,
Esas palabras de fuego
Que todo el mundo sabía.
¡Que frialdad en la agonía
De una ventura tan breve!
¿Quién á comprender se atreve
Porqué en la honra herida estan,
Como en el ancho volcan
Fuego dentro, y fuera nieve?

Y toda aquella cascada
De palabras y de hiel,
Desplomó sobre Isabel
En una enorme aleada.
En vano la infortunada
Luchaba ya sin sentido.....
¿Quién reventar ha podido
Esas redes maldecidas
De lenguas entretegidas,
Cual culebras en el mudo?

Con la gula de una hiena,
Nerviosa cual la locura,
Buscaba la soldadura
Primera de esa cadena.
Y cuando de angustia llena
Su mano al reptil tocó,
Cuando en el doctor pensó,
Arrojó un grito de loca,
Como aquel que á oscuras toca
El alacran que lo hirió.

Mas no bien escucho Alberto,
Presa de mortal dolor
El nombre de aquel doctor,
Palideció como un muerto,
Vió claro, tangible, cierto,
Su baldon que sangre clama,
Y en el raudo telégrama
Con que solemos pensar,
Creyó los hilos atar
De aquella maldita trama.

Frasas recordó ahogadas,
Y mil veces sorprendidas
Sonrisas mal comprimidas,
Miradas mal apagadas,
Y vió en un punto apiñadas,
Lágrimas mudas, endechas,
Palabras, pláticas, fechas,
Sombras, sueños, quejas leves,
Y esos mil falsos relieves
A que llamamos sospechas.

Brillando como el acero
 El zic-zag de su mirada,
 Cón la cabeza herizada
 Y el respirar hondo y fiero;
 Pausado, altivo, severo,
 Sintiendo hervir la conciencia
 Se ausentó, con la vehemencia
 Del fuego al soplar la brisa,
 Y aquella horrible sonrisa
 Que es el llanto en la demencia.

Fria y enclavada á la par,
 Cual hacha en la encina ruda,
 Idiota, insencible y muda,
 Quedó Isabel, sin pensar.
 Pasó una hora secular
 Que dió en el gran minarete,
 Cuando llegó al gabinete
 Un lacayo que altanero,
 Calado el aneho sombrero,
 A Isabel le dijo: ¡Vete.....!

Canto Tercero.

Sicut igne probatur Argenti-
 tum, et aurum camino: ita cor-
 da probat Dominus.

Prov. XVII.—3.

I.

Noche como el dolor negra y profunda,
 Imágen del caos..... ya parecía
 En la borrasca que rugia iracunda
 Para siempre apagado el sol del día;
 La lluvia torrencial el suelo inunda,
 Deshoja el huracan la selva umbria,
 Y miles de relámpagos fogosos
 Argietan los espacios tenebrosos.

Se turba y gime el ánima affigida
 En esas noches de terror profundo
 En que cual gota en el caos perdida
 Rueda la masa lóbrega del mundo.
 Perdemos la conciencia de la vida
 Al circuirnos la nada, y furibundo
 El pecado que es llanto y es tiniebla
 El alma oscura de fantasmas puebla.

Brillando como el acero
 El zic-zag de su mirada,
 Cón la cabeza herizada
 Y el respirar hondo y fiero;
 Pausado, altivo, severo,
 Sintiendo hervir la conciencia
 Se ausentó, con la vehemencia
 Del fuego al soplar la brisa,
 Y aquella horrible sonrisa
 Que es el llanto en la demencia.

Fria y enclavada á la par,
 Cual hacha en la encina ruda,
 Idiota, insensible y muda,
 Quedó Isabel, sin pensar.
 Pasó una hora secular
 Que dió en el gran minarete,
 Cuando llegó al gabinete
 Un lacayo que altanero,
 Calado el aneho sombrero,
 A Isabel le dijo: ¡Vete.....!

Canto Tercero.

Sicut igne probatur Argenti-
 tum, et aurum camino: ita cor-
 da probat Dominus.

Prov. XVII.—3.

I.

Noche como el dolor negra y profunda,
 Imágen del caos..... ya parecía
 En la borrasca que rugia iracunda
 Para siempre apagado el sol del día;
 La lluvia torrencial el suelo inunda,
 Deshoja el huracan la selva umbria,
 Y miles de relámpagos fogosos
 Argietan los espacios tenebrosos.

Se turba y gime el ánima affigida
 En esas noches de terror profundo
 En que cual gota en el caos perdida
 Rueda la masa lóbrega del mundo.
 Perdemos la conciencia de la vida
 Al circuirnos la nada, y furibundo
 El pecado que es llanto y es tiniebla
 El alma oscura de fantasmas puebla.

Desierta la ciudad, en sus sagradas
Torres rebraman los turbiones rudos,
Y parecen sus calles dilatadas
Anchas hileras de sepulcros mudos.
Se yerguen en sus plazas desoladas,
Como espetros los álamos desnudos,
En cuyos troncos viejos y quemados
Se ahorcaba á los herejes y malvados.

¡No hay para el sér terror como la nada!
En esa noche el mundo parecia
Lleno de la pavora que anonada
Ante el juicio de Dios al alma impía.
Se refugió el reptil en su morada,
Medroza el ave en la arboleda fria,
El insecto en la hiedra de la palma
El tigre en el peñon, en Dios el alma.

II.

Por el rincon más oscuro
De una calle y más fangoso,
Se vé un bulto tenebroso
Siguiendo á oscuras el muro.
Casi lanzaba un conjuro
El alma de espanto yerta,
Aunque á la ráfaga incierta
Del rayo podiase ver,
Que aquello era una mujer
De harapos negros cubierta.

Avanzaba torpemente,
Palpando con ambas manos

Los objetos mas cercanos,
Para no dar con la frente.
Extraviada é inconsciente
Volviase, avanzaba luego
Murmurando amargo ruego,
Tan extraviada y perdida
Cual la idea de la vida
En el cerebro de un ciego.

¿Quien era aquel pobre ser,
Aquel fantasma medroso,
Aquel bulto tenebroso,
Aquella infeliz mujer?
¿Quien en ella podria ver
A la divina criatura,
Idolo de la ventura,
A aquella reina y echizo
Del celestial paraíso
Que se alzaba en la espesura?

¿Que negra deidad infiel
Pudo cambiar en un dia
En esta horrorosa harpia
A la divina Isabel?
¿Fué aquella *parca* cruel,
Aquel *hado* furibundo?
No, Dios que sabio y profundo
Corona su excelsitud,
Cuando ciñe á la virtud
Con los cilicios del mundo.

Cuando llegó á la ciudad,

Al punto sintió doquiera
 La mordedura de fiera
 De la impune sociedad.
 Todo el mundo sin piedad
 Con mil lenguas repetía
 Lo que la carta decía,
 Que de su virtud en mengua
 Hasta el aire tenía lengua
 Y el mudo hablaba y oía.

Ni manjar incitador
 Ni dulce néctar había,
 Si á la mesa no venía
 Cual mejor postre su honor
 ¡Ah mundo desgarrador,
 No hay pecado que no enzanche
 Tu lengua, ó que al bien no enganche;
 Que por más viles que fueren
 Si hay bívoras que no hieren,
 No hay perverso que no manche.

Quando al fin del ataúd
 De aquella muerte civil
 El mundo impávido y vil
 La arrojó con acritud,
 Se refugió en su virtud
 Que es paz, grandeza y consuelo
 De la mujer sobre el suelo,
 Porque Dios quiso poner
 En el mar y en la mujer
 La eterna imágen del cielo.

Y bajaba silenciosa
 Con inaudito heroísmo
 Al incomparable abismo
 De la miseria espantosa;
 Porque llamaba afanosa
 Al trabajo día tras día,
 Pero ¡ay! inútil porfía
 Que lágrimas le arrancaba,
 Pues mientras más lo llamaba,
 Menos y menos venía.

¡“Trabaja!” dice inhumano
 El poderoso al que gime.
 “Cualquier trabajo redime,
 Trabajar está en tus mano.”
 Porque este mundo pagano,
 Con el paganismo doble
 De la hipocresía innoble,
 Exige con necio ultraje
 Que cual villano trabaje
 Aquel que ha vivido noble.

Decid que en la humanidad
 Se agotó el bien desde el día
 En que la filantropía
 Reemplazó á la caridad:
 Mas no exijáis sin piedad,
 Con aquel acento grave
 De quien de abrojos no sabe,
 Para aturdir nuestra queja,
 Que tire arados la abeja
 O labre surcos el ave

.....

 Al fin del hambre tirano
 Angustiada, en su heroismo
 Esforzando su organismo
 Se dió al trabajo villano.
 Inútil eziuerzo y vano;
 Su cuerpo languidecía,
 Con indecible porfia
 En trabajar se afanaba,
 Y mientras más trabajaba,
 Menos trabajar podia.

En medio de aquel suplicio,
 De aquellos rudos abrojos,
 Al volver doquier los ojos
 No encontraba mas que el vicio.
 ¡Oh, si! pródigo y propicio
 Enjambre de corruptores
 Le brindaba sus favores;
 Que el infierno se complace
 En el comercio que hace
 De las honras, por dolores.

Y cuanto imbécil devora
 Su honor allá en el estrado,
 A oscuras y enamorado
 La persigue hora por hora.
 Todo aquel de quien implora
 Un favor, la juzga ingrata
 Si su honra no le arrebató,
 Porque es la filantropía

Como esa planta sombría
 Que al prestar su sombrá, mata.

No hay un viejo corruptor,
 O señor de horca y cuchillo,
 O charlatan, necio ó pillo
 Que no la asedie en su honor.
 Y hasta hubo algun seductor
 Que suya á voces la llama,
 Y refiere todo un drama;
 Porque en su soberbia son
 Esos necios cual leon,
 Que si no hace presa, brama.

En suma, siempre serenos,
 Pues que en su mision obraron,
 Los malos la abandonaron,
 La repudiaron los buenos;
 Los unos con sus venenos
 Los otros con su conciencia,
 Se alejaron sin clemencia,
 Y ella bajaba y bajaba
 A ese abismo que no acaba
 Ni en la tumba, la indignencia.

¡La miseria! ¿quien habló
 De valor y de tormento
 Si no la sufrió un momento?
 ¿Quien sus negruras pintó?
 Sábios, heroes deificó
 Con su fútil aplaudir
 El mundo, sin advertir

Que ni ante el hombre ni el cielo
Hay grandeza sobre el suelo
Como el valor del sufrir.

Allá en lejano arrabal,
En cuarto horrible é insano
Que más que un asilo humano
Era gruta de animal,
Este ser angelical
Nacer y morir el día
Ver agustiado solía,
Sin tener un pan siquiera,
Que á la hija de su alma diera
Cuando de hambre se moría.

De noche, salía á juntar,
Cuando todos se alejaban,
Los harapos que arrojaban
Al vecino muladar.
Iba orando sin cesar
Y de rodillas por ver
Los harapos que traer
Debía, que hubo noche oscura
En que entre tanta basura,
Ni uno logró recoger.

Aquella noche, María,
De hambre, de frío, de miedo,
De algo horrible que no puedo
Ni describir, se moría:
Por la techumbre caía
La lluvia, el viento que helaba

Por doquiera se filtraba,
Y en el caos del mendigo
No había pan, ni luz, ni abrigo
Para el ser que agonizaba.

Arrojábale el aliento
Por calentarla ¡Dios mio!
Y contra su seno frío,
La estrechaba en su tormento;
Cuando al fin llegó el momento
De esa atonía que sofoca,
Cuando palpando la boca
De la niña, no sintió
Ya el aliento, se arrojó
Sobre ella como una loca.

Ya sus párpados rasgaba
En su ansia febril de ver
En las tinieblas al ser
Que con vehemencia estrechaba.
Su rostro al suyo juntaba
Con esfuerzo y desvarío,
Para juzgar por el frío
De aquella faz dura y yerta,
Si estaba con vida ó muerta
La hija de su alma ¡Dios mio!

¡Ah! dijo, y dióse á buscar
A tientas por la bohardilla
Una olvidada cerrilla.....
¡Que dicha, con ella al dar!
Mas no la pudo frotar,

Que estaba empapado todo.
Halló al fin seco un recodo,
Pero el fósforo tocó
En una piedra y saltó
Sin encenderse, en el lodo.

Por entre el muro y el techo
Se escapó un grito angustiada,
Como si hubiera saltado
El corazón de su pecho.
Cuando al fin miró deshecho
Todo refugio, abrazó
A su hija, el dintel cruzó,
Y entre el turbión que sofoca,
A la calle, como loca,
Buscando amparo salió.

III.

Pasó un día y otro día
De aquel en que llegando al gabinete
Dijo el lacayo á su señora: "¡VETE!"
Volviendo de su loco desvarío,
Alberto poco á poco,
Si no entendió que obraba como un loco,
Sintió ese horrible frío
Del juez que en sus furioses imprudente
Condenó á un inocente.
Sentía en su corazón un cuerpo extraño
Que sin cesar crecía;
Sentía en su pensamiento
El horrible tormento

De algo que en su cerebro no cabía.
Su conciencia latía
Como abceso mortal, y ese latido
Por doquiera que fuese lo sentía;
Latido indefinible,
Pulsación de las almas cuando sube
La fiebre insana de pasión terrible
Es que al pasar la convulsión bravia,
Como en la roca al manantial cercana,
Hay una gota interminable y fría
Que cae perenne en la conciencia humana.
Además, adoraba
Allá en el fondo de su pecho enfermo
Y á solas á su esposa, y observaba,
Cual suele suceder en estos casos,
Aunque de lejos, de Isabel los pasos.
En vano quiso ser indiferente.....
Quien finge serlo en la borrasca, miente.
Hacia el objeto del amor y la honra
Hay una gravedad, una corriente
Que nos arrastra irresistible y ciega;
¿Quién á vencerla en sus delirios llega?

Se ensimismaba Alberto,
Sin poder comprender en su locura
Que una mujer tan bella como impura,
Viviera abandonada
De ese enjarbre voraz de corruptores
Que así cual las orugas, su destino
Es marchitar y devorar las flores.
Al teatro, tertulias y al paseo,
Y al baile y á la orgía

Iba por encontrarla, pero en vano,
Pues nunca la veía,

¡Dios tan solo juzgar pudiera al mundo!
Pues si es verdad que inmundo
Calumnia con sarcasmo y con malicia,
Siempre llega una hora
En que hace el mundo á la virtud justicia.
Noticia tras noticia.
De la virtud sin mancha de su esposa
A iluminar llegaban su conciencia;
Que es la virtud divina
Como el sol, si la niebla se interpone
Pasa al través su luz, de la neblina;

Mas la carta maldita
En claras letras de Isabel escrita;
Aquella sociedad impune y harta
De murmurar sin tregua en su presencia,
La horrible coincidencia
Del dicho de la gente y de la carta;
Y más, ese demonio indefinible
Que conciencia y criterio nos parece;
Esa semilla de calumnia horrible
Que aun más que en hojas en raíces crece;
Aquella quemadura
Indeleble del alma,
Causaban en Alberto la locura.

Al fin, dispuesto un día
A reventar el apretado nudo
De aquella inmensa red que lo envolvía,

Cediendo á los vehementes argumentos
Que su honor hacinaba uno tras otro,
Montó en su régio potro
Y partió más ligero que los vientos.

IV.

Cuando al perderse Alberto en la embos-
(cada.

Lanzó el doctor horrible carcajada,
De acuerdo con su negro pensamiento
Se deslizó, se evaporó al momento,
Y nadie habló más del, porque la vida
Afluyó en Isabel eual la corriente
Por compuerta insegura contenida.
Nadie en un año entero
Supo de aquel doctor el derrotero;
Que no hay asilo para el buitre, tiene
Listas las alas, se levanta, vuela,
Y do encuentra una presa se detiene.
Cual las almas gigantes,
Henchido de una cólera serena
Buscó Alberto al dolor, como se busca
Un grano de marmaja entre la arena.

Preguntaba, inquiría,
Sin ceder en su afán; mas supo á poco
¡Oh crueldad! que el doctor estaba loco.
El calor irritante de la orgía,
Como es verdugo del perverso el vicio,
Ya devorado su cerebro había.

¡Qué hacer en tal suplicio!
 La única y viva luz que le quedaba
 Para alumbrar su tenebrosa vía
 El infierno de un soplo la apagaba;
 Mas su deseo ardía
 Entre aquel huracán de su tormento
 Como arde la resina con el viento.
 Quiso ver al doctor pues no podía
 Su esperanza apagarse; acaso, acaso,
 No era el mismo aquel hombre
 Por más que si lo fuera por el nombre.
 Llegaba hasta el delirio su deseo
 Porque tiene en sus iras la venganza
 Cual ni el amor, ni la ambición, ni el dolo,
 Un aliento infinito de esperanza.

V.

Al presentarse Alberto,
 Sintió el vertigo horrible
 Del fascinado á orillas del abismo.
 ¡El doctor era el mismo!
 Cual león en su gruta ensangrentada
 Rugó las cejas, en Alberto fija,
 Lustrosa como el vidrio la mirada.
 Alberto veía oscuro, y entretanto
 Reconocerlo el loco parecía.....
 Y quedaronse viendo frente á frente
 En ese instante eterno que fascina,
 Una razón vecina á la locura
 Y una locura á la razón vecina.

Y ¡oh Dios, fuente y sendero
 De justicia y verdad sobre la tierra!
 Acometió al doctor ese delirio
 Que á la reacción sucede,
 Y, cual cómico diestro hacerlo puede,
 La escena de la carta repetía.
 Pintaba sus reñores;
 Cual copiara, decía,
 Las letras de Isabel, como en su mano
 Deslizado el papel maldito había;
 Y hasta arrojaba traducida en grito
 Aquella carcajada
 Que arrojara con júbilo infinito
 Al eclipsarse Alberto en la emboscada.

VI.

¡Como pintar, Dios mío,
 El espanto de Alberto, su pavor,
 Su tormento á la par que su ventura,
 De su pecho el ardor, de su alma el frío?
 ¡Que pincel, ni que tinta bosquejara
 La luz que mira el ciego
 Al volver de su noche indefinida?
 ¡Que frase condensara,
 Del alma muerta, al despertar, la vida?

VII.

Cual las almas gigantes,
 Con la conciencia de terrores llena

Buscó Alberto á Isabel, como se busca
Un polvo de marmaja entre la arena.

VIII.

Cuando Isabel yerta y loca,
Entre aquel caos oscuro,
Siguiendo á tientas el muro
Amparo y socorro invoca;
Cuando el viento la sofoca
Y en su tortura infinita
Sintiendo la muerte grita,
A un caballero encontró
Y de hinojos le pidió
Una limosna bendita.

Y deciale con afán
Y voz convulsa y prolija:
"¡Se está muriendo mi hija:
Sin luz, ni abrigo, ni pan!
Todas las puertas están
Cerradas, ¡dadme, por Dios,
Una luz, ó venid vos!"
Y movido el caballero
A piedad, siguió un sendero
De aquella mujer en pos.

Avanzaba torpemente
Palpando con ambas manos
Los objetos más cercanos
Para no dar con la frente.....

Ella angustiada, él clemente
Traspusieron el dintel;
Ella delante, atrás él,
Y al hacer de pronto luz,
Exclamó Alberto "¡Jesus!"
"¡Jesus!" exclamó Isabel.

Terrible inefable escena.....!
Después del agudo grito,
Mirábanse de hito en hito,
El crispado, ella serena.
Cediendo al fin á esa pena
Que la lengua no describe
Porque solo la concibe
El inmenso amor Dios,
Viendo á la niña, los dos
Gritaron á un tiempo: "¡VIVE!"

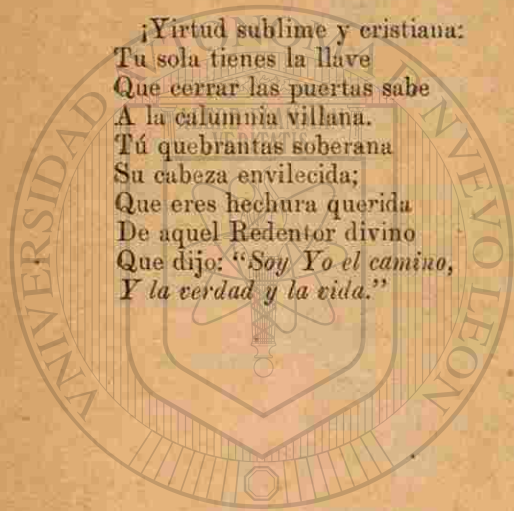
IX.

Treinta años despues, un día,
Noble y venturosa anciana
A cuya cabeza cana
Algo divino ceñía,
Bajo la encina sombría
De aquel dichoso verjel
Que el Atoyac baña, fiel
Esta historia y sus secretos
A sus hijos y sus nietos
Oí contar á Isabel.

LXIV

X.

¡Virtud sublime y cristiana:
Tu sola tienes la llave
Que cerrar las puertas sabe
A la calumnia villana.
Tú quebrantas soberana
Su cabeza envilecida;
Que eres hechura querida
De aquel Redentor divino
Que dijo: "*Soy Yo el camino,
Y la verdad y la vida.*"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

anzab
ando
obj

PQ7297

.S2

C3

40553

FEVT

AUTOR

SANCHEZ SANTOS, Trinidad

TITULO

La calumnia

UANL

®

DE VENTA:

En todas las librerías de la capital: Precio, 25 centavos.

En los Estados, 31 centavos, franco de porte.

003